

Parir un Augusto, un Tito, un Fernando, es gloria bien sobresaliente para una madre. ¿A qué punto de felicidad no llegará la que pára de una vez dos Augustos?

La Providencia cumpla estos votos, y libre, por su infinita misericordia, á las personas reales de la tropelia de los malos poetas.

Soy siempre de vuestra merced, *El tonto que ama más ser tonto que coplista*, AMINTA.

PROFECÍA DE BÁNCES DE CANDAMO (1).

Un anciano (Bánces Candamo), vestido á la antigua española, que vi salir de una de aquellas cuevas.... me preguntó el estado de nuestra monarquía y literatura. «Estudiamos poco, le respondí, y decimos que sabemos mucho. Ya nos son ociosos el ingenio y el juicio, pues toda nuestra ciencia consiste en saber lo que otros hicieron ó dijeron; y con saber varias anécdotas francesas y los nombres de todos los autores de esta nación, tenemos toda la ciencia necesaria para lucir en cafés, fondas, librerías, tertulias y paseos, que son ahora nuestras academias. Hay, no obstante, muchos verdaderos sabios en todas las ciencias y artes, gracias á los desvelos y proteccion de nuestro augusto monarca Carlos III y sábias providencias de sus ministros; y los que sobresalen en cualquier ramo de literatura, industria ó cosa útil á la patria, sin más empeño ni recomendacion que su mérito, logran pensiones, premios y recompensas honoríficas.» Como un niño lloraba mi buen viejo al oír esto, y luégo que se lo permitieron las lágrimas, exclamó:

¡Con que, en fin, el gran Dios de las venganzas
Miró aplacado nuestro hesperio suelo,
Dando al trono su paz y su justicia,
Unidas en el gran Carlos Tercero?
¡Siglo feliz! mortales venturosos
Los que lograis en tan glorioso imperio,
De un benéfico Dios en tal monarca
Conocer el retrato más perfecto!
No es nueva para mí su grata historia;
Con ella consolé mis tristes tiempos,
Cuando la entera ruina amenazaba
A la Iberia, de Dios justo decreto.
Súpela del divino Teodidacto,
A quien dado le fué del alto cielo
Conocer en proféticas señales
El suceder del tiempo venidero.
Lloraba yo los males de la patria,
Que á su ocaso llegaba en presto vuelo;
Y él, para consolarme, así decía,
Inflamado en furor divino el pecho:
«Enfrena el llanto amargo, hijo querido,
Pon fin al triste y misero lamento;
Que el siglo venidero á España trae
Dichas que los mortales nunca vieron.
Ya á la estirpe Borbonia ha trasladado
La sábia Providencia el cetro iberio:
¡Oh, qué serie divina de monarcas
En tu trono feliz, Hesperia, veo;
Pero entre todos el heróico Carlos,
Pío, felice, de virtud modelo,
La frente en lauro coronada eleva,
Cual entre humildes mirtos alto cedro.
¡El gran Carlos! resuene el nombre augusto
En cuanto baña el resplandor febeo:
¡Oh padre de la patria! ¡oh de la Hesperia

(1) Se refiere á los faustos acontecimientos de la paz con Inglaterra y del nacimiento de los infantes gemelos (1733). Uno de los escritos satíricos que mencionamos en la nota puesta á la carta del *Tonto de la Duquesa de Alba*, es un viaje burlesco al Parnaso. El manuscrito no es autógrafa de FORNER, pero contiene correcciones de su mano, y todo nos induce á creer que es obra suya, como asimismo *La profecía de Bánces Candamo*, que aquí publicamos y se halla al fin del citado viaje burlesco.

Dulce honor, del gran Padre grande aumento!
No en la desolacion y servidumbre
De los vasallos fundará su imperio,
Sino en hacer felices á los hombres,
Siendo tutelar númen de sus pueblos.
En blanda paz entónces los mortales
Los frutos gozarán de los desvelos
Del augusto monarca, y sus ministros,
Columnas fuertes á tan grave peso,
Aliviándole en parte, harán florezcan
Las artes y las ciencias en el reino,
Restituyendo á Cérés y á Minerva
Su lustre antiguo y su esplendor primero.
Mas si el furor impio, quebrantando
Las cadenas, saliere del averno
Esparciendo discordia, furia y guerra
En toda la extension del universo,
Entónces armará su invicto brazo
La justicia del duro y fuerte acero:
Temblad, temblad, naciones enemigas,
Que en vano vuestra ruina vais huyendo.
Sus beligeros leños el undoso
Piélago cubrirán; espanto horrendo
Llevarán sus escuadras vencedoras
Desde la última Thule á otro hemisferio.
Cuando vea la selva Caledonia
Su mar poblado de españoles leños,
Del yugo de Borbon el anglo adusto
Verá oprimido su indomable cuello.
Carlos, el grande Carlos, el amigo
De los hombres, el padre de sus pueblos,
La mano amiga alargará al britano,
Envainando el invicto y duro acero.
Volverá á sus vasallos la abundancia,
Unida con la paz en lazo estrecho;
Minerva con Astréa darán leyes,
Florecerán las artes y el comercio.
Su amistad á porfia los monarcas
Pretenderán; el mauritano fiero
Y el indómito turco á pretenderla
Se humillarán con inaudito ejemplo.
Tú solo, oprobio del linaje humano,
Vil pirata, terror del mar terreno,
Pues del bravo leon de España irritas
La cólera, verás tu mar cubierto
De fulminantes máquinas de Carlos,
Que harán de tu ciudad un Mongivelo.
Y ¡ay de tí si no aplacas sus furoras!
Tal quedarás, que diga el pasajero,
Viendo humear tus campos desolados:
«Aquí fué Argél; temed, temed, soberbios,
Mas tu felicidad no fuera tanta,
Vanos serian todos sus trofeos,
Dichosa Iberia, si una excelsa Luisa
No diera á tantas dichas complemento.
En vano el verde lauro coronára
La frente del intrépido guerrero,
Que en breve girar de años debería
Humillarse á un incógnito extranjerio;
En vano de los senos de la aurora
Y el último occidente, el veloz leño
Traería á tus puertos el tesoro
Que te tributa el hemisferio opuesto;
En vano el labrador envolvería
El rubio grano en tu feraz terreno,
Cobrándole despues multiplicado,
Y llenando sus trojes y graneros;
En vano, pues, faltando al régio trono
De la virtud paterna un heredero
Que felices hiciese sus fatigas,
Del gran Carlos siguiendo el alto ejemplo,
Verian con dolor que sus sudores
Premio serian de monarca ajeno,
Que aspirando á imperar, con guerra impla
Desolára el trabajo de mil pechos.
Levantáran al cielo ambas las manos,
Con los ojos de lágrimas cubiertos,
«Y ved, dirian, para quién los frutos
Son de nuestras fatigas y desvelos.»
Pero la heróica Luisa, incomparable,
De tus votos el término excediendo,
Con duplicado fruto hará perpétuas

Tus dichas, disipando tus celos.
Verás en la dorada régia cuna
De su fecundidad el gran portentoso
En uno y otro infante; un agradable
Error á padres y al heróico abuelo.
Creced, dulce esperanza de la Iberia,
Creced para defensa y honor nuestro;
Que el siglo de la paz en vos empieza,
Y por siempre acabó la edad de hierro.»

LA PAZ.

CANTO HERÓICO (1).

No canto, no, con inhumano aliento,
Al ronco són de la sangrienta trompa,
Del fiero Marte el destrozador violento,
Ni de sus triunfos la funesta pompa;
Negro, horrible esplendor, que turbulento,
Para que el hombre su bondad corrompa,
Inspiró, en sus enconos siempre eterno,
El espantoso rey del hondo averno.
Yo canto de la paz los dulces dones,
Y las delicias que su influjo inspira,
Plegados ya los bárbaros pendones
Insignias de la muerte y de la ira.
Se escucharán en mis alegres sonos
(Nuevo argumento á la templada lira)
Las glorias de la paz, no de la guerra,
Prosperidad, no azote de la tierra.
Tú, á quien ciñe la sien de eterna oliva
La venturosa rama, jóven bello,
A cuyo celo, á cuya mente activa
Dobla la envidia el ponzoñoso cuello;
Tú, á quien la fama en oblation votiva,
A grandeza mayor poniendo el sello,
Consagrará memorias respetadas,
No en cadáveres yertos apoyadas;
En quien descansa el peso lisonjero
Del imperio español, cuando su Atlante,
No agobiado le alterna, mas sincero
Le fia al celo de tu fe constante;
Pues por tí florece y duradero
Girará sin que el tiempo le quebrante,
Oye tus glorias en mi aliento infusas;
Tuya es la paz, y cópiala mis musas.
Despues que rota la ambicion impla
Del Caledonio andaz, sus pabellones
Sufrió menos soberbios la onda fria
Postrados ya á las lises y leones;
Y quebrantado el yugo que oprimia
Al mar en las británicas prisiones,
Vió el sol en el antártico hemisferio
Nacer de poca sangre libre imperio;
Gozaba, en fin, la turbulenta Enropa
De plácido sosiego, ya ocupada,
No en regarla de sangre feroz tropa,
Mas en fértil afan tropa templada;
Parte al Oriente sin temor la popa,
Sólo del vago viento contrastada;
Rie naturaleza, y su fecundo
Tesoro ofrece á la quietud del mundo.
Bien así como labra susurrante
Plebe de abejas su licor sabroso,
Unes liban al prado humor fragante,
Construyen otras el panal lustroso,
Y al solícito afan en abundante
Colmo responde el vaso delicioso
Rebosando la miel, que vierte ufana
La anróra al rayo de su luz temprana;
Del pródigo sudor premio felice
Gozaba Europa en su tranquila gente;
Hierva el trabajo, el cielo le bendice,
Y hasta el mar le respeta mansamente;
Si tal vez la estacion le contradice
En cólerica nube ó sol ardiente,
La industria suple al disponer del cielo,

(1) Dió motivo á este poema la paz ajustada con la república francesa en 1795. El autor lo dedicó á su protector el Príncipe de la Paz. Don Alberto Lista escribió acertadas observaciones acerca de este poema, comparando su estilo con el de Valbuena.

Y le es próspero al hombre su desvelo.
Tronos robustos sobre el firme asiento
De la paz su vigor reconcentraban,
Y á las útiles artes dando aumento,
A su esplendor y á su poder le daban.
Vano de sí el humano entendimiento,
Porque regios impulsos le animaban,
Llenó la Europa de famosos nombres,
Y logró hacer más hombres á sus hombres.
Hermanados los tronos con los tronos,
Y por ellos las súbditas ciudades,
O depuestos ó tibios los enconos,
Ataban entre sí las voluntades;
Cual de único canton quietos colonos
Feran naciones, pueblos, potestades;
Con reciproco amor toda se auxilia
La gran region, y forma una familia.
Ast en la infancia del linaje humano,
Derramada en porciones diferentes
La sucesion de un patriarca anciano,
De una gente crió diversas gentes;
Y no disuelto el nudo soberano
Que al padre las ataba reverentes,
El afecto fraterno vivo ardía,
Y el suelo, no el amor, las dividía.
Siglo dichoso, edad afortunada,
Cuando apagada la ambicion sangrienta,
A su sed no cayó despedazada
La raza humana en víctima violenta.
De flores y de frutos coronada
La tierra más y más su copia aumenta,
Más y más sus vivientes multiplica;
No para sí, mas para el hombre rica.
Empero así arredradas al horrendo
Seno infernal las implacables furias,
De su ocio no esperado maldiciendo,
En el gozo comun ven sus injurias.
Desesperada Alecto, retorciendo
En la crizada frente las espurias
Sierpes, corona de su triunfo impio,
«¡ Así (dice) desmaya el furor mio!
» ¡ Así hermanas (y silba dolorida
La crin viviente en la feroz cabeza)
Yace en torpe letargo adormecida,
Viendo á Europa feliz, nuestra fuerza?
La afeminada paz mal admitida
Ya el llanto destró, ya la tristeza;
Ya el gozo alivia los humanos males,
Y son casi divinos los mortales.
» Ya la rabia y horror que del averno
Subieron á la tierra y la infestaron,
Y á su amargura y su dolor eterno
La necia humanidad esclavizaron;
Al blando halago, al sentimiento tierno
De la virtud sin gloria se humillaron,
Y ya sólo el infierno los encierra,
Y no imita al infierno ya la tierra.
» Ved los pueblos alegres, y en serenos
Dias gozar la serie de los años,
Monarcas justos, ciudadanos buenos,
Leyes fecundas, ignorados daños;
Ved la dorada edad en los amenos
Campos que labra sin furor ni engaños
La inocencia en pacíficos mortales
Que ¡ oh rabia! ya ser quieren racionales.
» Mas no á tanta ventura los destina
Su miserable ser, que vacilante
Siempre entre sombras á su fin camina,
Atento al vicio, á la virtud errante;
Feroz consigo á la crueldad declina
De la raza brutal, que devorante
Con degolladas víctimas se goza,
Y no puede vivir si no destroza.
» De nuestra misma rabia usurpadores,
Multiplicaron los voraces fuegos
Del hacha que yo vibro, y sus dolores
Ciegos arrostran y propagan ciegos;
De lo mismo que labran destructores,
No perdonando á los humildes ruegos,
El hierro con que el campo fertilizan,
Con el mismo despues le esterilizan.
» Mirad sus pechos donde impuras hierven

Ansias violentas de inflamados vicios,
Sin que respeto á la razon conserven,
Postrada en delinquentes sacrificios;
Pocos hay que su espíritu reserven
Del fuego criminal. Nunca propicios
Los halló la virtud en sus altares;
Mirad la tierra, examinad los mares.

»Aquí y allá de la codicia impía,
De la atroz ambicion, de la inhumana
Vanidad la mortifera porfia
Delinque, y más en delinquir se afana.
La inocencia entre llantos huye el día;
La maldad entre púrpuras se ufana;
La razon que del cielo recibieron

Contra sí y contra el cielo convirtieron.

»Y osará consumir nuestro desdoro
Este indócil linaje, raza altiva,
Que ni al cielo ni á sí guarda decoro,
Y él á sí mismo de su bien se priva!
Cuantas veces bañado en grana y oro
El sol siguió á la sombra fugitiva,
Los vió, perpétuamente variables,
Trabajar para hacerse miserables.

»Ser deben infelices, pues injustos
A sí llaman el mal y le desean,
Y en el solo dañar ponen sus gustos,
Y cuanto dañan más, más se recrean;
Ellos en su razon labran los sustos,
Divino dón que péfidos afean;
Pues la corrompen con traidor delirio,
Della misma reciban su martirio.

»Yo haré que desta paz, en cuyos brazos
Pueblo rebelde en libertad reposa,
Y rotos ya de América los lazos
Fijó allá independencia contagiosa;
Yo haré que de su aliento, en breves plazos
Animada la llama sediciosa,
Incendio funeral nazca y se inflame
Que corra irresistible y se derrame.

»Infausto ejemplo en su interior abriga
Esta lúgubre paz, que al vulgo vario
ra al desenfreno con furor le instiga,
Y en la quietud le engendra temerario.
Romperá el doble nudo que le liga
Al cetro justo, al sacro santuario;
Y con manos sacrilegas é impuras
Harán guerra al Criador sus criaturas.

»De su misma ambicion triste escarmiento
Será el trono imprudente, que al lejano
Polo llevó socorro fraudulento,
Y al britano apoyó contra el britano.
De su necia política el intento
Al vulgo enseñará á hacerse tirano.
Sólo faltan mortíferas doctrinas,
Que aceleren el golpe y las ruinas.

»Alto pues; tú, feroz sofistería,
Del indómito error madre y señora,
A quien postrada la razon sombría,
Crédula atiende y humillada adora;
Pues siempre fuiste á los mortales guía,
Sube, sube á la tierra, y con traidora
Ciencia irritando al vulgo inexorable,
Hazte á altares y cetros formidable.

»Tus pasos seguirá fiera y ceñida
De hierro y fuego la discordia armada,
Que los lazos fraternos desanuda,
Vengativa, crúel, desconfiada;
La adusta envidia, y la avaricia ruda,
Y la ambicion soberbia y arrojada
Tremolarán sus negros estandartes,
Y te darán favor en todas partes.

»Y encendida de nuevo guerra horrenda,
Dilatará el imperio de la muerte,
Y hará que la impiedad su rabia extienda
Y las dichas humanas desconcierte;
Florida juventud en triste ofrenda
Caerá rendida á la perpleja suerte;
Y la que escape á la crueldad triunfante,
Quedará emponzoñada y delirante.

»Sube, pues, que los hombres á su daño
Temerarios se arrojan y le siguen,
Y esclavos siempre de su propio engaño,

Quando buscan el bien, más le persiguen,
No así hallarás devorador rebaño
De fieras que se afanen y fatiguen
Por degollarse en los espesos montes,
Y de sangre humear sus horizontes.

»Por el bien se destrazan, se degüellan,
Se abrasan, y entre llantos, ira y susto,
En espantables turbas atropellan
Con furor infernal su sér augusto;
Por el bien son perversos, por él sellan
Su ciega iniquidad, su error injusto.
Así se aplicarán; sube segura,

Que fué siempre su dueño la impostura (1).

Dijo; y al ronco acento resonaron
En fiero aplauso las ardientes símas,
Los sobrepuestos montes vacilaron,
Y el Etna ardió las azufrosas cimas;
A la tierra después se fulminaron
Desde el horror de los tartáreos climas
La madre del error péfida y vana,
La vil codicia y la ambicion tirana.

Y el dios feroz de la homicida guerra
Viene á su encuentro en rechinante carro,
Y el gozo horrible que en su pecho cierra
Sale á sus ojos en ardor bizarro;
Su paso abrasador la fértil tierra
Quema y resuelve en polvoroso barro,
Y descuaja los troncos, y la espiga
Destronca en flor la bárbara cuadriga.

Hacen cortejo á la deidad funesta
La callada traicion que cauta oculta
El lazo vil que á la inocencia apresta,
Y en blando aspecto su crueldad sepulta;
El osado furor, que manifiesta
En torva frente y cabellera inculta
La colérica rabia que le enciende,
Y sus venganzas sin cautela emprende;

El odio impio, el erizado espanto,
La hambre impaciente, que del hurto vive;
La triste enfermedad, que en débil llanto
Desvanece el aliento que recibe;
Y la pálida muerte en negro manto,
Que el término á los seres circunscribe,
A destroza inmaduro se preparan,
Y en su rencor su júbilo declaran.

Y unido así á mortíferas empresas
El infausto escuadrón, vuela ominoso
A la Galia voluble, y en espesas
Nieblas envuelve su recinto hermoso.
La discordia derrama sus pavesas,
Que el sofístico error sopla furioso.
Busca la plebe la verdad, se agita,
Y aspirando á su bien, se precipita.

De las ondas así, y del fiero viento
Entre el horror del trueno repetido,
Ya juguete en el líquido elemento,
Pierde la nave el rumbo apetecido;
Y el piloto al furioso movimiento,
Suelto el timón, el ánimo caído,
A la estólida chusma le confía,
Que acelera el naufragio que temía.

»Oh pequeñez de la mortal prudencia,
Trémula luz que turbia resplandece,
A quien prouida en vano la experiencia,
Fértil en escarmientos, esclarece!
Quando de la fatal magnificencia
El encanto pomposo la adormece,
Riesgos no teme entre sus ciegos gozos,
Y el tiempo ¡ay! va volando á los destrozos.

Tú, respetado trono, á quien el Sena
Bañó glorioso, y con poder extenso
Lograste eslabonar á tu cadena
De la atónita tierra el precio inmenso;
Tú de tu ceguedad sufres la pena
Quando vulgo servil, áspero y denso,
Derribó tu esplendor, y glorias tantas
Hizo despojo de sus viles plantas.

Al arrullo fatal de tu grandeza

(1) Esta octava y otras tres que publicamos más adelante, fueron suprimidas en la edición que de este poema se hizo en 1796. Probablemente las tachó la censura.

Frio letargo aprisionó al monarca,
Que así postrado en tímida pereza,
Victima fué de ignominiosa Parca;
Idolatrada un tiempo su cabeza
Del ancho cerco que sonoro abarca
El uno y otro mar, quieta dormía
En fe de la dudosa idolatría.

Mas ¡cuál viento, qué mar así mudable
En ráfagas y en ondas borrascosas
Al vulgo, siempre vario, siempre instable,
Igualó en sus mudanzas espantosas!
Hoy al ídolo adora, manejable;
Y alterado sin causa, en sediciosas
Turbas después con insolentes brazos
Le abate y pisa, y quema sus pedazos.

Un error, un engaño, una esperanza
De mentido interes, que vierte astuta
La malicia, á la presa le abalanza,
Y ciego mata y su region enluta.
Así feroz en pertinaz matanza
Su misma sangre á su idiotéz tributa.
Engañado se altera, y engañado
Al fin siempre se aquieta esclavizado.

Tal la herencia del grande Clodoveo,
En humo, en sangre, y mortandad envuelta,
De plebeyo furor lúgubre empleo,
Yace en horrenda sedicion disuelta.
La infiel sofistería su trofeo
Allí osó levantar; allí resuelta
Con vil cautela, con halagos vanos
En tiranos trocó los ciudadanos.

»Oh pueblo! ¡dónde misero te arroja
Tu incauta sencillez! el hierro esgrimes
Incierto de tu suerte, y tu congoja
Crece, y sólo conoces que te oprimes.
Libre llamas la tierra en sangre roja;
Libre á tí, porque matas, porque gimes;
Buscas la libertad entre cenizas;
Y libre, tú á tí mismo te esclavizas.

Que no, no ha visto el sol desde que ufano
Los anchos horizontes pinta y dora,
Pueblo que á sí se mande soberano,
Aunque afecte potencia engañadora.
No bien se ajusta á la inexperta mano
Arduo timón de corpulenta prora,
Fantástico poder tal vez le engrie,
Y ensalza á un Sila, que le oprime y rie.

Cayó la ilustre pompa de Occidente
En el alto dosel, que de su gloria
Llenó, adorada de remota gente,
Del Cuarto Enrique la inmortal memoria;
Derribado su sólio infamemente
Yace deshecho en lamentable escoria,
Y el incendio voraz que le consume
Aun el solio de Dios tiznar presume.

Sus aras profanó plebe engañada,
Plebe infeliz, que fraudulenta agita
La atroz sofistería, más malvada
Porque así sus maldades facilita.
Quiere en la mente del mortal borrada
La adorable virtud que le limita,
Y quiérela borrada, porque quiere
Que entre malvados el mayor impere (1).

Templos, aras, misterios venerables,
Basas á la virtud, cotos al vicio,
Turbas contra sí mismas implacables
Destruyeron en vago desperdicio.
Manos ¡ay! impiamente abominables
Trocaron en perversos sacrificios
Los que con mente agradecida y pura
Tributaba al Criador su criatura.

Y desquiciados en igual ruina
Trono y altar, palacio y santuario,
En ciego laberinto desatrina
De un vulgo necio el pensamiento vario.
La luz que á los mortales encamina
Sacrilego apagó, y osa nefario,
Trastornado el apoyo de las leyes,
Dechado hacerse á las humanas greyes (2).

(1) Esta octava fué suprimida en la edición de 1796.

(2) Octava suprimida en la edición de 1796.

¡Ay, que la hoguera fúnebre en que arde
La triste Francia y su potencia augusta,
Aunque al principio tímida y cobarde,
Se dilata veloz y á Europa asusta!
¡Ay, que acudiendo á detenerla tarde
La prudencia política, robusta
Crece; y no detenida, corre horrenda,
Y no hay region que della se defienda!

Al hierro destructor ya es sólo dado
Contener la violencia de la llama,
Y en confusa caterva vulgo armado
A refrenar su curso se derrama.
El linaje mortal, todo afanado,
Corre al peligro y turbulento brama;
Gime la tierra al peso furibundo,
Y en crueldad inhumana hierve el mundo.

Discorde el Galo en su disuelto suelo,
Anegado de leyes sin ley cierta,
Lucha entre sí con porfiado anhelo,
Y sólo á degollarse ¡ah triste! acierta;
Y en tanto, estimulado su recelo
De extranjera opresion, deja desierta
La patria infausta en su perpleja suerte,
Y á la ajena region lleva la muerte.

Destroza sus entrañas, y destroza,
En enjambres feroces desatada,
Francia crúel la tierra, y se alborozada
Porque en sangre la ve toda empapada.
¡Ilustre gloria con sus triunfos goza!
Ella contra sí misma encarnizada,
Fulminando inhumanas proseripciones,
Y hecha esclava de péfidas facciones (3).

Pero dura en sus males, y lejana
La calma á sus deseos lenta espira;
Porque no sólo allí rige tirana
La discordia, ni allí sólo conspira;
En los troncos amigos inhumana
Su tósigo vertió; de ellos retira
La mutua fe; y en intereses varios
Con aparente union obran contrarios.

Que no para la paz, no porque el mundo
Próspero reflorezca, le destruyen
Córtes avaras, de consejo inmundo,
Que del ajeno mal su bien construyen.
Sólo en dañar su espíritu fecundo,
Del propio bien el general excluyen.
Lazos son sus discordes alianzas,
Pero lazos de caza y asechanzas.

«Crece tu poder si, empobrecida
La diadema vecina, su riqueza
A tu hidrópico fisco sometida
Feudataria se añade á tu grandeza;
Tu mano existirá rica y temida,
Si el resto de la tierra en vil pobreza.»
Así á un monarca la ambicion adula,
Y así el mundo despuebla y atribula.

Y así en guerras eternas fluctuando
La pompa del poder incierta y vaga,
De nacion en nacion va transmigrando,
Y allí ilumina cuando aquí se apaga.
Tenido en sangre el suspirado mando
Si con glorias efímeras halaga,
Cual rayo abrasador las córtes gira,
Y sólo dejn el rastro de su ira.

¡Ambicion! ¡avaricia! estrago, peste,
Que igual desola alcázares ufanos
Y cabañas humildes, donde agreste
Mora el candor en corazones sanos;
De vuestras ansias la nefanda hueste
Inspirada en vulgares soberanos,
Con velo de amistad cubre su envidia,
Para que obre segura la perfidia.

Tú, España, sola tú, de fe inviolable
Alto blason, ejemplo inextinguible,
Por ella en todos tiempos memorable,
Y por ella quizá ménos terrible;
Si fulminas el bronce formidable
Llevada de destino irresistible,
Generosa lealtad tus armas guía,
Y sólo por justicia eres impía.

(3) Octava suprimida en la edición de 1796.

Así vió desplegados tus pendones
El alto Pirineo, y con su vida
Sustentar tus robustos escuadrones
La fe á córtés infieles prometida.
Al bien universal de las naciones
Tu sangre en sacrificio fué vertida;
Y ellas con velo de aliado Marte
Tentaban á tu mal sacrificarte.

Merced al genio que en tempranos rayos,
De benéfica luz tu suelo ilustra,
Y en los que ha dado ya doctos ensayos,
Nombres famosos en mandar deslustra;
No ya más llevarás á los desmayos
La britana ambición; sus tiros frustra
Cortando el lazo á la amistad dolosa,
Y alzando el ramo de la paz dichosa.
¡Oh Musas! dadme rosas, dadme flores
De las que alegre en las lozanas faldas
Del Pindo, con sus luces y esplendores
Matiza el nuevo sol entre esmeraldas;
Y tejida la mezcla de colores
En círculo de nítidas guirnaldas,
Corone Apolo la gallarda frente
Al tutelar de la española gente (1).

Que por él ya de Páles y de Flora
La fértil copia en abundancia rica
Los sazonados frutos que atesora,
Grata al sudor del hombre multiplica;
Y al apuntar la nacarada aurora,
No la trompa á las madres mortifica;
Mas sonolienta cada cual barrunta
Cantando el hijo al enlazar la yunta;

O, despierta al estrépito sonoro
Del martillo industrial, ve festiva
En refulgentes ascuas vivo al oro
Dócil ceder á la tarea activa;
O en el telar, con alternado coro,
Al són de lanzadera fugitiva,
Cantando, ya garzones, ya doncellas,
Crecer la pompa en las estofas bellas.

Óráculo feliz al grande, al pío,
Augusto padre del hispano imperio,
A la voz de su fausto poderío
Postró el furor su infausto ministerio.
Cual suele el sol con alto señorío,
Cuando nace dorando el hemisferio,
Barrer las sombras, y con quejas graves
Huir entre ellas las nocturnas aves;

Tal la turba de monstruos pavorosa
Que atravesó los escabrosos vados
Del hondo Bidason, y sediciosa
Del Ebro emponzonó los ricos prados,
La paz mirando que despliega hermosa
Por el vago horizonte los sagrados
Armiños de su angélica pureza,
Atónita se hiela en vil torpeza.

Y despues apiñada en torbellino
Lóbrego, como nube densa y parda
Que al turquí de los cielos cristalino
Niega que ufano de sus brillos arda,
Aullando horrendamente sin destino
Aquella plaga bárbara y bastarda,
Revolando se choca y se estremece,
Y al fin huye, y veloz desaparece.

Quedó el cielo sereno; su luz pura
En vivos rayos encendió la esfera,
Y de la paz la celestial figura
Alma divina de sus lumbres era;
Cercada como el Iris su hermosa
De guarnición de visos placentera
Ilumina la tierra en sus colores,
Y desata despues lluvia de flores.

Y dice: «¡Venci pues! ¡Y el trono ibero,
Que dos mundos sujeta á su coyunda,
Colgado ya de Marte el crudo acero,
Reposa alegre en mi quietud fecunda!
¡Y del contagio pestilente y fiero
Con que á Europa afigió la plaga inmunda,
Purificado el ancho imperio veo

(1) Aquí, como al principio y al fin del poema, alude FORNER al Príncipe de la Paz.

Que alumbrá más el esplendor febeo?

«¡Oh! en edad juvenil prudencia cana
Del incógnito manébo, cuya gloria,
No en láminas de bronce (pompa vana)
Sujeta quedará á fragil memoria.
Al tutelar de la ventura humana
Los mismos hombres servirán de historia.
Ser feliz quiere el hombre; y si es felice,
Eternamente al bienhechor bendice.

«Propagaránse á término remoto,
Con la especie mortal, regeneradas,
Su piedad, su grandeza, nunca roto
El hilo de sus glorias veneradas,
Su grande nombre en obsequioso voto,
Las mejillas en lágrimas bañadas,
Trasladará al festivo nietezuelo,
Cuando le halague, el venerable abuelo.

«Y bien á su prudencia peregrina
Puro tributo de alabanza eterna
Debe España rendir, si ya no inclina
La faz doliente á la ambición externa.
El lazo desató de la ruina
Que el britano voraz cauto gobierna,
Salvándola del yugo que prepara
Al orbe todo su crueldad avara.

«Ya el estrago cesó; ya alegre puede
La juventud, de espigas coronada,
Lograr el fruto que á su afán concede
La tierra por sus manos cultivada.
Mortales, ya la muerte retrocede,
Que fué por vuestra furia anticipada;
Y ya no esgrime en la dichosa España
Por mano de los hombres su guadaña.

«No es ya asesino el hombre; no pagado
Corre en hórridas turbas sin enojo
A matar ó á morir despedazado,
Dando á las fieras racional despojo.
De calientes cadáveres sembrado
(Fruto execrable del humano arrojo)
No el campo humeará, ni al monte umbrío
Servirá humana sangre de rocío.

«Escarehará las hierbas y las flores
Galana el alba al despuntar el día,
Y en el cuajado humor mil resplandores
Brillarán cual en rica pedrería,
Cuando al carmin trocados los albores
Que á anunciar su venida el sol envía,
Aparezca en Oriente claro y terso
A animar con su llama el universo.

«Madrugará risucio á la ancha tierra
Para verla, no de humo obscurecida,
Cuando al conflicto de la horrenda guerra
Su luz cárdena hiere y denegrida.
La prolífica fuerza que en sí encierra,
En serenos reflejos esparcida,
Procreará tesoros diferentes
En metales, en plantas, en vivientes.

«Y á esta riqueza os destinó, oh mortales,
El alto cielo, á nuestro ser benigno;
No á estragos, no á gemidos funerales,
De vuestra iniquidad fruto maligno.
Enlazad ¡ah! los pechos fraternales;
Y pues de tanto bien fué el hombre digno,
Amándoos prosperad; prosperad justos,
Y vivid, no al horror, sino á los gustos.

«Amor, el dulce amor, alma, delicia,
Consuelo de la vida trabajosa,
Os cupo en suerte, y de su fe propicia
Inefable placer siempre rebosa.
Sólo de amaros inmortal codicia
Inflame vuestras almas, Venturosa
La vida así en período inocente
Gozará de la tierra floreciente.

«En este campo hondarán lozanas,
Agitadas del aura, las espigas,
Sin temor de catérras inhumanas
Que le talen al dueño sus fatigas.
En aquél más pomposas y galanas
Con recíproca union vides amigas,
Asidas de los pámpanos lascivos,
Enseñarán de amor los atractivos.

«Aquí en bosque fructífero, al copioso

Del escupido hierro en mil cañones;
Y en ruina espantosa barajadas
Tejas, paredes, vigas ya tizonas,
Caen entre horribles llamas y alaridos,
El hombre y sus milagros destruidos.

«Sola es la paz, mortales, criadora,
Y ella conserva cuanto forma y cria
Esa luz racional, que al mundo honora,
Y hoy de su augusto centro se desvia;
Ella la suerte del mortal mejora,
La abundancia enlazando á la alegría.
La guerra ignala al hombre con la fiera;
En la paz ser divino reverbera.

«No anticipéis al tiempo sus rigores,
Pues basta al día su malicia, humanos;
Y pues sois de la tierra habitadores,
En mejorarla ejercitad las manos.
Bástanle al mar sus olas y furoros,
Con que hinchado se eleva en montes canos,
Sin que al rencor de los mortales ceños
Náufragos ardan los quillados leños.

«Vosotros, en quien libra su sesiego,
Su ventura y su union la especie humana,
Y en alto sítio al humillado ruego
Decretáis ley austera y soberana,
No en el horror del fulminante fuego
Cifreis la autoridad que impera ufana;
Que no el mundo regis para asolarlo,
Mas para florecerlo y prosperarlo.

«La cándida amistad una, sencilla,
Con recíproco amor vuestros deseos,
Y asistan sólo en la suprema silla
De la paz los benéficos empleos.
El cetro de oro, que imperioso brilla,
No de inicu ambición os haga reos.
Pastores sois, ó príncipes, ó reyes;
Las vuestras no violad, ni ajenas greyes.

«Que ellas también, la mano respetando
Que en próspera quietud las alimenta,
Con sumiso placer al dulce mando
Doblarán la cerviz siempre obediente.
Nunca vacila cuando impera blando
El poder; en la dicha de su gente
Su duración la púrpura asegura,
Porque siempre el feliz serlo procura.

«Será España, en cuyo fértil seno
La paz con sábias leyes animada,
A la extraña ambición poniendo freno,
Durará incontrastable y respetada.
Del Cuarto Carlos, el amable, el bueno,
Pasará la prudencia idolatrada
A recuerdo inmortal, y con su nombre,
Del gran ministro el inclito renombre

«Del inclito Godoy, que de la muerte
Triunfante ya, magnánimo enarbola
Mi alegre rama, y pródigo convierte
A fecundo sudor la fe española.
Del crudo Marte á la perpleja suerte
No racionales víctimas inmola.
Dudoso el hierro en la campaña lidia,
Y tal vez ciñe el lauro á la perfidia.

«Pero en las artes de la paz risueñas
Siempre se gozan los placeres ciertos,
Y benignas al hombre y halagüeñas
Siempre tesoros mil le dan abiertos.
Hace la paz fructíferas las breñas;
De poblados la guerra hace desiertos....
Héroes funestos del combate impio,
Vuestra gloria humillad al héroe mio.

«Sus timbres son el gozo, los placeres,
Las delicias del orbe, y el sagrado
Aliento de las gracias, que en los seres
Su bullicio insinúan regalado.
Intacta gloria á tu grandeza adquieres,
Oh jóven venturoso. Destrozado
Gime, no canta el orbe los afanes
Siempre horribles de invictos capitanes.

«Y de fúnebre pompa y largo llanto
Siempre asistida por error la fama,
Son vulgo ya los héroes del espanto,
Vulgar también la victoriosa rama.
Desusada grandeza al alto canto

Ramo mezcladas las doradas pomas,
De variado matiz dosel frondoso
Tejerán al cultor en frescas lomas.
Allí en mayor esmalte el deleitoso
Prado, espirando rico sus aromas,
Al ganado dará pasto abundante,
Y al seguro zagal lecho fragante.

«Las hondas venas donde crece bronco
El metal en las áridas montañas,
No cavadas serán para que ronco
Llueva rayos el plomo en las campañas;
Ni del trofeo en el funesto tronco,
Para honor de mortíferas hazañas,
Entre esqueletos blancos levantado,
Hará pavor el hierro ensangrentado.

«Será auxilio, no muerte, á la flaqueza
Del linaje mortal el limpio acero;
Y justo el oro, y grata su riqueza,
Si no se busca en el combate fiero.
Cuanto sábia crió naturaleza
Y anima el sol con fuego lisonjero,
Lo crió fértilmente compasiva
Para que el hombre sin congojas viva.

«Gozad ¡ah! de sus bienes en los lazos
Del benéfico amor; y á que se aumenten
Obren robustos los humanos brazos,
Y en tal grandeza el heroísmo ostenten.
Si vistió de rudeza y de embarazos
Los seres todos que el influjo sienten
De la madre común, la eterna ciencia,
Y al trabajo hermano la conveniencia;

«Y de áspero ramaje, y desabrada
Frondosidad en selva impenetrable
Pobló la tierra, ahogada, embrutecida
De su misma abundancia inagotable;
Y en los fragosos montes escondida
La masa, ya á los hombres adorable,
Al humano sudor sólo se rinde,
Y no hay fruto sin él, que al gusto brinde.

«Grata ley ha ordenado á la ventura
De la raza mortal, que así oficiosa
Con el útil trabajo se asegura
Contra la ociosidad facinorosa.
Mientras el brazo en la fatiga dura,
Y vela á la tarea codiciosa
En el campo, en el mar, en las ciudades,
No vaca, no, al furor ni á las maldades.

«Sudad, para que dulce y opulenta
Naturaleza en sus incultos dones
Os aumente el placer cuando acrecienta
La industria sus selvajes producciones.
Al ocio sólo amarga y avarienta,
Rústica yace en rústicas regiones.
Sólo en el seno de la paz florece,
Si la paz á la industria favorece.

«Y émula entónces de poder divino,
Despliega docta su vigor la mente,
Ya inspirando con arte peregrino
Al rudo mármol vida que no siente,
O ya mezclando en el bruñido pino
De animado matiz tinta lucente,
Que ciñe á breve tabla en bulto vano
Las obras todas de la eterna mano;

«O arrancados los jaspes de las cumbres
Suben con arte en edificios graves
A sustentar magníficas techumbres,
Que viste el oro en regios arquitecturas;
O labradas las toscas pesadumbres
Del haya audaz en poderosas naves,
Señora de los mares se corona,
Y la tierra entre sí toda eslabona.

«Criadora es la criatura que al dominio
De tierra y mar dispuso el Autor sumo;
Y despues con tiránico exterminio
Sus mismas obras desvanecen en humo.
¡Oh de la guerra infausto latrocinio,
Arte feroz de bárbaro consumo!
Sus delicias al hombre le aniquila,
Y el hombre mismo la cuchilla afila.

«Desplómense las bóvedas sagradas,
Los alcázares altos, las mansiones
Del vasallo inocente, contrastadas

Del Apolúneo coro, ardiente inflama
Su voz; y arrebatado en raudos vuelos,
Anuncia fausta gloria al ancho suelo.

»Anuncia de la paz el glorioso
Blason, que en tí flamante resplandece
Con puro lampo y lustre generoso
Que pia heroicidad al mundo ofrece.
Harto ya de Mavorte el espantoso
Honor, que á precio de impiedades crece,
Solemnizado fué; los humos sacros
No honren ya más medrosos simulacros.

»Mas ornada la frente de jazmines,
De ardiente rosa y lirios virginales,
Sube, venciendo los mortales fines,
Oh jóven, á las cumbres inmortales;
Y de cándida luz y de carmines
Luminosos allí cercos iguales
Orlen tu vulto en el eterno templo,
De sublime piedad único ejemplo.

»Héroe de paz, tú solo en las memorias
Del esquivo poder serás oído
Con tierno amor, y sólo de tus glorias
Será siempre el apoyo apeteído.
Por tí el ronco rumor de las victorias
No heróico sonará, no engrandecido;
Y el mundo, asido á mis fecundos ramos,
Héroe de paz (dirá) necesitamos.

»Héroes, que al hombre aprovechando, obliguen
Su vida á más placer, y á más tributo
La inagotable tierra, y la fatiguen
Sólo á que brote en duplicado fruto.
Héroes, no de dolor, mas que mitiguen
En culto suelo, y de su sangre enjuto,
El áspero destino de la vida,
Que, aun sin guerras, alienta dolorida.

»Emulad la piedad, héroes futuros,
Al memorable, al inclito mancebo,
Que, nuevo Jano, en sus consejos puros
Construye al heroísmo templo nuevo.
No desolados y tiznados muros,
Huesos desnudos, y á las fieras cebo
Mutilados cadáveres, horrible
Darán basa á su imagen apacible.

»Antes, alfombra de sus pies, luciente
Rebosará y madura, la abundancia,
Ya en la sazón de Ceres floreciente,
Ya de Flora en la espléndida fragancia.
Y, oh tú, de Iberia afortunada gente,
Pródiga de virtud y de constancia,
Entra animosa en el feliz camino
Que anuncia á tu poder alto destino.

»Ah! vive para tí; y allá espumante
Con sangre humana al mar se precipite
Purpúreo el Rhin, ó avaro y anhelante
Nuevos estragos Albion medite.
Tú en torno al carro de la paz triunfante
Deja que mi vigor te felicite,
Y traerás, sin estrago, á tus prisiones
Sujetas las beligeras naciones.

»Tú crecerás en mi abundosa calma;
Y ellas menguantes en su furia impta,
De su atroz ambición la ansiada palma
Vendrá, por su flaqueza, á hacerse mia;
Y entonces yo, de los imperios alma,
A tí atrayendo cuanto el orbe cria,
Te haré desde el Arturo hasta la Aurora
Arbitra de las gentes y señora.»

Dijo la amable virgen, y empapando
De ámbares deliciosos la aura leve,
Vuela, y, nuevos deleites anunciando,
Segundas flores sobre España llueve.
Mas luego ufana, con impulso blando
A la régia mansión las alas mueve,
Y del ramo gentil que Pálas tiene
Al inmortal Godoy la frente ciñe.

DISCURSOS FILOSÓFICOS

SOBRE EL HOMBRE (I).

*Disciteque, o miseri, et causas cognoscite rerum,
Quid sumus, aut quidnam victuri gignimur, ordo
Quis datus.* (PERS., SATYR. III, v. 66.)

DEDICATORIA AL VARON VIRTUOSO.

Virtud, alma virtud, tus dones canto:
Espíritu divino
A tí convierte mi inspirado acento.
Desde el celeste asiento
A mí tu voz desciende en eco santo,
Cuando al ciego mortal de tu destino
Muestro el grato camino.
Huya el profano de tu templo sacro
Mientras copio tu angusto simulacro.

Y de azucenas cándidas ceñida
La pacífica frente,
Sólo me asista á tanto ministerio
El varon que á tu imperio
Sujeta alegre su apacible vida
Con dócil cuello y ánimo obediente.

Allí yo reverente
Los dones de tu númen soberanos
Pondré, y tu imagen, en sus justas manos.
Que él solo tus misterios infatigables
Penetra, y de tus bienes
Él solo gusta los placeres puros.

Los términos seguros
Que pusiste á la vida, y las amables
Riendas que al hombre indómito previenes,
Con que en tí le contienen,
El ama solo; y en su oído sólo
Tu voz ahuyenta al fabuloso Apolo.
No corrompido por profana lira,
Huye de su torpeza,
Y se acoge á tus aras sonrojado.

De tu celo inflamado,
No escucha la ambición, la horrenda ira,
Con que envilece su inmortal grandeza
La racional nobleza.
Entonces oye el sonoro influjo,
Cuando el cielo sus números produjo.

A tí, pues, van los míos, virtuoso
Varon, que afable un día
Quiso dictarme tu adorable númen.
A tí, en quien no consumen
Los vicios el vigor majestuoso
De la luz inmortal que al bien nos guía.
A tí, en quien la porfía
De las tercas pasiones se quebranta,
Cayendo mustias á besar tu planta.

Por esto tú de la verdad divina
El resplandor entero
Miras y gozas en gloriosa suerte;
A tí solo convierte
La alta Deidad su lumbre peregrina,
Descubriendo á tus ojos su hemisfero,
En donde, no severo,
Mas risueño, su angélico semblante,
Su ley enseña en tabla de diamante.
Y trasladada á tí su copia bella,
Lo humano desconoces,
Y la Divinidad llena tu pecho.
La tierra ámbito estrecho

(1) Podríamos en rigor dispensarnos de reproducir aquí esta obra de FORNER, que la posteridad ha olvidado, y que está fuera del objeto principal de nuestra Colección. La publicamos, sin embargo, no sólo como homenaje al esclarecido escritor, sino también como muestra del espíritu de análisis filosófico que llegó á ser moda imperiosa en la segunda mitad del último siglo. Sentimos que su mucha extensión no nos consienta publicar las *Ilustraciones* que FORNER imprimió á continuación de sus *Discursos filosóficos*. Las *Ilustraciones* valen más que el poema, escrito en la primera juventud, y dan idea clara del principal talento de FORNER, esto es, el de razonador incisivo y profundo.

Es á la senda que tu paso huella,
Es á la majestad que en tí conoces.
Las celestiales voces
Dictan tus obras con saber profundo,
Para que aprenda en tu justicia el mundo.

Constante en tu propósito, no el duro
Tormento del tirano
Te asusta, si desórdenes te ordena.
Al filo ó la cadena,
Antes que á la maldad abono impuro,
Darás gozoso la garganta ó mano.
El interes humano
Jamás impera en la virtud sencilla,
Aun cuando yugo bárbaro la humilla.

Y no porque rebelde á la diadema
Justa, y á las coronas,
Las culpe de sangrienta tiranía.
Vana filosofía,
Esto es propio de tí cuando se extrema
Tu soberbia en sofismas que eslabonas.
El poder que destronas
Sustenta la virtud obedeciendo,
Tu soñar con sus obras destruyendo.

Por él domada la mortal fiera,
Á horribles impiedades
Niega su furia y turbulencia insana,
La codicia inhumana
Sus manos encogió, y de su torpeza
Corrida, en sí sofoca sus maldades.
Poblados, soledades
Prestan sagrado á la virtud propicio,
Y anda asustado y macilento el vicio.

Por él en holocaustos sacrosantos
Su voluntad ofrecen
Al Todopoderoso sus criaturas,
Agradecidas, puras.
Por él logran alivio los quebrantos,
Y su ser los mortales ennoblecen.
Los dones fortalecen
De la justicia hasta en la misma guerra,
Y no da asilo á la maldad la tierra.

En ella, varón justo, ciudadano
De tu patria y del mundo,
A aquella y éste tu virtud dedicas.
Ya las regiones ricas
De la fragante Arabia, ó el cereano
Yerto Trion visitas vagabundo;
Espléndido ó inundo,
Cafre rudo ó britano mercaderante,
Siempre en el hombre ves tu semejante.

Y siempre en tí su auxilio el desconsuelo
Halla del infelice
Que debió á su nacer menos ventura.
Tus dones, tu ternura
¡Cuántas veces logró! ¡Cuántas al cielo
Sus votos dirigió porque eternice
Tu nombre, que bendice,
Cuando oprimido de fortuna impta,
El yugo le aliviaste en que gemía!

Númen celeste, asísteme; te imploro,
Y sea tu elocuencia
De tan gloriosa acción digno instrumento.
¡Ay! que entregarla siento
A eterno olvido, con fatal desdoro
De la virtud, si falta tu influencia;
Que en su beneficencia
Puro el justo varon, para ostentarle
No hace el bien, y trabaja en ocultarle.
Yo le vi, sí, le vi tierno mil veces
Enjugar condóido
Lágrimas congojosas en silencio.
Absorto reverencio
Tu grandeza, oh piedad que le enterneces,
De verle yo también enternecido.

Exclamo embebecido;
Convoque el pueblo á la admirable escena;
Y huya á la admiración que me enajena.
Porque nada á su pecho satisface
La opinion, é igualmente
La alabanza desprecia y vituperio.
Tal vez injusto imperio
La malicia sagaz, que contrahaca

La virtud, logra, y gime el inocente
Cual torpe delincuente.

Quien al vago rumor su gloria fia,
Bástale, sin virtud, la hipocresía.
Bástale astuto cautelar sus vicios,
Y aparentando celo
Del comun interes, tratar del suyo.
Este no es arte tuyo,
Virtuoso varon. Los beneficios
Dádivas son en tí. Dones del cielo
El público desvelo,
O el privado candor que en tí se admira,
No es en tus obras la virtud mentira.

Así tu propio ser reverenciando,
La verdad y justicia
Con amistad eterna te acompañan.
Del suelo las extrañan
La envidia vil y el interes nefando,
Ciega lisonja á la mortal malicia.
Del cielo tu propicia
Voz descender las hace, á las dos grata;
Por tí aun asisten en la tierra ingrata.

En tí logran su templo; su almo culto
La verdad en tu labio,
Y su ara la justicia en tu entereza.
Detestas la vileza
De la venal lisonja, y nunca el bullo
De ídolo indigno inciensas en agraxio
De tu consejo sabio.
Sale tu mente á tu sencilla boca,
Si inexcusable caso la provoca.

¡Qué vale el oro ni el inquieto mando
Para que por su precio
La integridad el hombre desestime?
Adultó; subió; gime
Tímido; le acomete espeso bando
De sobresaltos, ¡ay! verdugo recio
Que él mismo buscó necio.
El vicio le allanó la infiel subida,
Y sin dicha y con él sufre la vida.

¡Ah! que sabrosa paz é inextinguible
La sola virtud cria,
Sea en despreciado albergue ó alto trono,
El porfiado encono
Ignora del pesar, y en apacible
Reposo, ni le turba suerte impta,
Ni su paso desvia
Si desgajado el orbe le oprimiera;
Inmóvil le esperara, y pereciera.

Que es la constancia en su vivir cimicento
Que á la virtud sustenta,
Y no injuria el poder de la fortuna.
No el oro le importuna;
No la avara esperanza el sentimiento
Turba de su candor, que insana ahuyenta
La ambición fraudulenta.
Oro, favor, amigos, esperanzas
¡Qué son, sino halagüeñas asechanzas?

Suaves asechanzas, que á lo justo
Pone el hambre execrable
Del dominio voraz que nos instiga.
Fraudulencia enemiga
Es ya la amistad santa, y en su angusto
Nombre un tráfico reina abominable.
Mérito miserable,
Dilo tú; dilo tú, Thémis llorosa....

Mas ¡ah! que ni aun quejarse su voz osa.
Sólo á tí vuelven su esperanza amarga,
A tí, varon glorioso,
Ante quien huye el interes astuto,
No dádiva, tributo
Es en tí la justicia; ni aletarga
Su vigor el gemido doloroso,
Sagaz ó temeroso,
Del reo que execró naturaleza;
Sentenciarás su pena y tu tristeza.

¡Oh cruenta maldad! ¡Oh desenfreno
Del mando prepotente,
Del feroz dominar de las pasiones!
Pavorosas mansiones,
Cárceles negras en su horrible seno
Animos aprisionan, cuya mento